

Neron en la casa de Pannychis la cortesana, nosotros tambien tendrémos que ir á escoger nuestras vestales al templo de la afortunada diosa.

La comitiva se puso en marcha con direccion al palacio de Bibulo, y á medida que se iban aproximando reflexionaba más y más Cneyo en la necesidad de su salvacion y de su venganza. A pesar de su in-experiencia y de su juventud, Cneyo, en-vejecido por el infortunio, ó inspirado por la gravedad misma de las circunstancias, concibió un proyecto atrevidísimo, que tuvo la osadía de ponerlo en ejecucion, porque lo crítico de su situacion no le dió tiempo á considerarlo de imposible éxito.

Pero ántes de ir más adelante en el relato de los sucesos, es necesario referir de la manera que Chrysis fué conducida á casa de la prostituta Pannychis.

VI.

Ya queda dicho que al salir del circo habian sido seguidos los pasos de Eumolpe, de Cneyo y de Chrysis por Gnaton; pero éste, que no habia tenido bastante osadía para abordar al poeta en la calle, no pudo llevar otra noticia á Pannychis sino la de que aquella jóven cuya virginal belleza

habia encendido sus celos, se hallaba en la casa de Fausto. Esta nueva la hizo montar en cólera, y Pannychis ordenó á Gnaton que volviese inmediatamente á casa de Fausto, que procurase ver á Eumolpe y que obtuviese de éste por medio de amenazas, y si preciso fuese por la fuerza, los detalles que deseaba conocer. Gnaton no tuvo más remedio que obedecer, y al dirigirse nuevamente hácia la casa de Fausto, encontró á Eumolpe cuando éste se alejaba del palacio del Duunviro.

Inútil será hacer el relato de las amenazas y de las artes que empleó Gnaton para arrancar del poeta la revelacion del secreto de Cneyo y Chrysis. Hay ciertos hombres que están siempre á merced de los antecedentes de su vida, y Gnaton conocia más que de sobra los de Eumolpe para poderle obligar á todo.

En el momento de regresar Gnaton al lado de Pannychis con los nombres y demas noticias referentes á los hijos de Silano tenia lugar en casa de la cortesana una de esas escenas comunes á todas las épocas de corrupcion que registra la historia de los pueblos, y que bien pudiera adaptarse á una escena de actualidad, disfrazando los personajes con nombres de romanos, si no estuviese ya más que averiguado que los vicios no son otra cosa si-

no una herencia que los siglos reciben de los otros siglos precedentes y cuya herencia explotan siempre todas las edades de la misma manera.

— Te repito, Pannychis, que esta noche has de darnos de cenar á mí y á cuatro amigos míos.

El que así hablaba era un jóven que aún no hacía dos años que vestía la toga pretexta.

— No puede ser—le respondía la cortesana;—estoy fatigada, y además enferma.

— ¡Por los dioses, que mientes! Ninguna dolencia revela tu aspecto, y yo no te permitiré que me hables de cansancio hasta mañana por la mañana. A no ser que eso sea una excusa para ocultarme que algún otro me haya precedido: en este caso, yo te prometo darte más dinero del que se te haya ofrecido.

— Ya sé que eres por todo extremo generoso y espléndido en promesas, Metelo; pero tengo mi bolsa tan repleta de las que siempre me haces, que ya no tengo donde guardar tantas riquezas.

— ¿Quieres decir con eso que no concedes crédito á mis palabras, hermosa hija de Vénus? Pues bien, tú serás pagada por ti y por tu festin hoy mismo, y, si lo exiges, anticipadamente.

— Eso sería en tí una rareza tan des-

usada y extraordinaria, que yo no me permitiría creerlo sino cuando lo viera.

— Pues bien, mira.

Metelo sacó una bolsa de su seno, y la arrojó sobre la mesa. Pannychis, de una sola mirada, contó las monedas de oro que contenía, y la concupiscencia y la sed de poseer aquella suma dominaron por un momento la tristeza que revelaban sus ojos; pero sin duda se hallaba demasiado poseída por este último sentimiento, porque en el acto apartó la vista, y respondió:

— Ya te he dicho que es imposible: no puedo recibirme esta noche.

— Entónces no me queda duda de que algún otro se me ha anticipado, y yo necesito conocer quién es ese otro—exclamó Metelo recogiendo su bolsa. — Yo quiero saber ante quien debo retirarme, y te juro por mi nombre que, si no me lo dices, volveré esta noche con mis amigos, y echaremos de aquí á palos á los insolentes que tengan la osadía de querer disfrutar los goces que yo deseo.

— Poco temor me infunden tus amenazas, Metelo; aunque sé muy bien que eres bastante capaz de ponerlas por obra. Pero si te crees al abrigo de la persecucion de la justicia de los magistrados, fiando en la proteccion que te ha de dispensar la

esposa del Duunviro por las complacencias que tu madre tiene con ella, favoreciendo en su casa las citas amorosas de aquella dama, no debes ignorar que yo me basto sola para defenderme, y no habrás olvidado que en otra ocasión te costó bien caro, por haber querido turbar el honesto sosiego de esta casa.

— ¡Oh! sí; bien lo sé, y no lo he olvidado. Eso fué cuando eras la amada de Fausto. Él era quien estaba aquí contigo, no lo he olvidado, y él fué quien llevó su atrevimiento y su imprudencia hasta el extremo de hacerme apalear, diciendo que así era como debía corregirse á los escolares que alborotaban. ¡Oh! no; no he olvidado aquella injuria, y de ella he de vengarme.

— ¡Tú! — replicó Pannychis con el mayor desprecio.

— Sí, yo, y el ultraje que he de inferirle será mucho más cruel que el que yo recibí. ¡Por Júpiter, que desearia que esta noche fuese él quien se encontrase aquí! Entonces veriamos quién cedia esta vez el puesto, si él ó yo.

— Bien se conoce que te pones tan fiero porque tienes la seguridad de que él no ha de venir. Si á tanto te lleva tu valor, ¿por qué no le arrojas fuera de la casa de Silia?

— ¡Vamos, vamos! — exclamó súbitamente Metelo, encogiéndose de hombros. — Ya veo cuál es la causa que me priva de mis proyectos: estás enamorada, estás triste y te niegas á otros amantes. ¿Cómo no te avergüenzas de ello, hija de la voluptuosidad? Casi puede uno estar seguro, cuando viene á tu casa, que á las dos palabras hablarás de Fausto, y á las tres de Silia. Esta mujer es indudablemente tu más cruel y encarnizada enemiga, porque te hace enflaquecer y desmejorarte á fuerza de lo que te hace llorar.

— A mi vez, yo espero verla tambien llorar muy pronto, y no poco. ¿No has reparado en una hermosa jóven, con la cual se presentó Fausto en el circo?

— Sí, ciertamente.

— Pues bien, esa jóven es sin duda una nueva conquista, que le hará abandonar á Silia, como á mí me abandonó por ella.

— ¡Por los dioses! ya encontré mi venganza: es necesario que yo le arrebate esa jóven.

— ¿Y cómo podrás conseguirlo, niño? Tú no la conoces, y si hemos de descubrir por las cándidas miradas de una jóven cuáles puedan ser sus sentimientos, yo te aseguro que esa niña ama á Fausto, porque no ha quitado la vista del sitio donde el infiel estaba sentado.

—Quizás sea también una pasión de cuerpo presente, y quién sabe si dejando de verle, deje de amarle.

—¿Que quieres decir? ¿Te atreverías á intentar un rapto por la violencia?

—Por la violencia ó por el engaño, según lo aconsejasen la ocasión ó la necesidad.

A este punto habia llegado la conversacion, cuando Gnaton regresaba para transmitir á Pannychis los antecedentes que le habia comunicado Eumolpe. En el momento que la cortesana supo la vuelta de Gnaton, salió de la habitacion donde estaba Metelo, y se reunió con el cómplice de sus seducciones en un departamento retirado. Allí supo entónces que Chrysis era hija de Silia, que su madre habia querido fingir que ignoraba la presencia de su hija en Nemausus, y que Fausto ignoraba también completamente quiénes eran sus huéspedes.

La conversacion que Pannychis acababa de tener con Metelo y la revelacion que se le hacia le inspiraron en el acto un proyecto, sin dar lugar á la reflexion, para pensar sólo en sus consecuencias; consecuencias ante las cuales quizás hubiera retrocedido llena de espanto si hubiera podido preverlas.

—Gnaton; — dijo Pannychis sin dete-

nerse—es preciso que Eumolpe conduzca aquí á la hija de Silia: yo quiero tenerla.

—¿Estás loca, Pannychis?

—No estoy loca y quiero que Chrysis sea conducida aquí.

—¡Eso es imposible! ¿Qué pretexto puedo yo dar á Eumolpe y con qué interes se decidirá él á arrostrar la cólera de Silia, por ser el causante de la deshonra de su hija?

—¡La deshonra de su hija! ¿Y qué podrá ella ver aquí que no vea en la casa de su madre? Aquí no encontrará á Fausto ciertamente, puesto que Silia me lo ha tomado; pero en cambio encontrará otros jóvenes patricios que valen tanto como aquél.

—Te repito que Eumolpe no accederá á nada de eso; porque, además de lo que te he dicho, me ha confiado que tenía resuelto huir esta misma noche de Nemausus á causa de una mala pasada que ha jugado á Cneyo, y teme una feroz venganza que la cólera de éste no le perdonará jamás.

—Y entónces, ¿qué le importa? Lo mismo dan ocho que ochenta.

—Creo que, en efecto, le importa esto muy poco, y precisamente por eso es por lo que no hará nada contra la hermana, puesto que no tiene que librarse aquí de veinticinco palos, como tuvo que librarse en casa de Bibulo.

—¿Y si este negocio le proporcionase una ganancia de quinientos séxtercios?

—Ya eso sería otra cosa; pero como gracias á tu loca pasion nos vemos en la miseria más espantosa; como todo el dinero que recibiste ayer ha sido entregado á nuestros acreedores, para evitar que fuésemos echados de esta casa, no sé cómo ni con qué quieres interesar á Eumolpe en la realizacion de tus proyectos.

—¿No es más que eso?—exclamó Pannychis con una sonrisa de vanidad.—Ahora mismo vas á tener el dinero necesario.

Pannychis se dirigió á la habitacion donde se encontraba Metelo y penetró en ella diciendo:

—Cuenta por seguro que te daré de cenar esta noche, así como á tus amigos.

—Así me gusta, y en fe de lo prometido, allá va mi bolsa; pero sé amable y condescendiente, invitando alguna otra jóven que venga á participar de nuestra borrachera.

—Por Vénus—contestó Pannychis—que procuraré presentarte una que sería digna de los homenajes del mismo Páris.

—¿Será acaso alguna Elena cuyo Melaelao me sea conocido?

—No: con diferencia de una sola letra es una Chrysea que podrás arrebatar á su

Aquiles, si te atreves á representar el papel de Agamenon.

—Yo no puedo rehusar el papel del rey de los reyes: esta tarde, por consiguiente, representaremos la *Iliada*. Hasta dentro de dos horas.

*

**

Como anteriormente se ha explicado lo que era en aquella época la raza abyecta de los griegos, que caminaban como bohemios de ciudad en ciudad explotando el libertinaje, la traicion, el espionaje, la delacion, el engaño, la superchería y la calumnia, no causará mucha extrañeza el ver con qué facilidad cedió Eumolpe á las pretensiones y al dinero de Pannychis, para venderla la hija de Silia.

Los cálculos del poeta eran bien fáciles de comprender. Como consecuencia de su conducta, sustituyendo su billete de los azotes por el billete de Cneyo, no tenía que esperar otra cosa sino el rencor de Silia y la venganza de Cneyo: era preciso, por tanto, huir. La bolsa que habia recibido de Silia le proporcionaba recursos más que suficientes para abandonar á Nemausus y refugiarse en cualquiera otra poblacion; pero aceptando el dinero de Pannychis se encontraba más rico de lo que jamás lo habia sido. Eumolpe, pues, no vaciló y se decidió á ganarlo.

Tomando falsamente el nombre de su madre, hizo salir á Chrysis de la casa de Fausto y la condujo al infame lugar donde su presencia fué casualmente descubierta por su hermano Cneyo.

El hijo de Silano ignoraba todo lo que habia sucedido en aquella casa de prostitucion, y no sabia con exactitud hasta qué extremo habian podido llegar los ultrajes y bestiales atropellos que su jóven hermana habia allí sufrido. Tenía la esperanza de que precisamente por haber perdido el conocimiento se hubiera librado de ciertos atentados brutales conservando su virginidad; pero aún así experimentaba una sed ardiente de venganza, y la duda no era un aguijon ménos acerado que la misma evidencia. Así fué que en el momento que llegó al palacio del Duunviro, exigió con altivez que se le condujese á su presencia, porque tenía que formularle una importante reclamacion. El decurion se encogió de hombros con ademan de menosprecio, y le dijo que sería llevado ante el Duunviro porque éste lo tenía ordenado así; pero que tuviera entendido que habian ya pasado los tiempos en que un ciudadano se creia bastante asegurado en la fuerza de su derecho y en la justicia de un magistrado, para apelar al propio juicio convirtiéndose en juez de sus jueces.

Cneyo y Chrysis fueron presentados en la sala donde se habia constituido el tribunal del Duunviro. La jóven continuaba todavía desmayada, siempre inmóvil, pálida como la muerte y fria como el mármol, descansando sobre la camilla en que los soldados la habian colocado. Marcio, el edil, estaba sentado junto á Bibulo y allí estaban tambien el questor y los tribunos del pueblo. A Fortunata se la veía retirada en un rincon, vigilando los actos y las resoluciones de su esposo, del mismo modo que el poeta ó el autor de un drama colocado entre bastidores sigue los movimientos de los actores que representan los papeles de su obra, para advertirles ó excitarles segun ejecutan bien ó mal la interpretacion de los que les han sido encomendados.

—Aquí tienes, Bibulo, á los dos sujetos que me diste encargo de traer presos;— dijo el decurion—Chrysis, á quien hemos encontrado en un lugar poco frecuentado por las vírgenes, y Cneyo, que, segun creo, desea protestar contra la órden de su arresto.

— ¡Mientes!— gritó Cneyo con una indignacion que dejó sorprendidos á los magistrados—yo conozco las órdenes de Neron, y no sólo no protesto en contra, sino que me considero favorecido y honrado

sometiéndome á ellas. Contra lo que protesto es contra la conducta de este decurion, que no ha cumplido con su deber.

—Juro por los dioses...—exclamó el decurion.

—¡Calla, infiel soldado!—interrumpióle Cneyo con altiva osadía.—Calla tu lengua y guarda todas tus palabras, para implorar la clemencia de los magistrados, y la mía, por tu tremenda falta.

Todos se miraron unos á otros con asombro, subyugados por la arrogante actitud de Cneyo, y éste continuó diciendo:

—Este decurion acaba de deciros una cosa, en la cual os ha revelado su culpabilidad: os ha dicho que Chrysis, mi hermana, ha sido arrestada en un lugar de infamia. Pues bien; ella, en efecto, ha sido arrestada en casa de la cortesana Pannychis.

El asombro fué aumentando entre los magistrados, y Cneyo continuó aún:

—Pero lo que no os ha dicho es que mi hermana había sido arrastrada allí por un engaño abominable, para ser reducida á ese estado por los atropellos brutales de unos infames libertinos.

—¿Es que vienes á formular una querrela contra esos seductores? dijo por fin el Duunvíro con desden.—Bien; bien; ya nos ocuparemos de eso cuando proceda.

—Ahora formulo mi querrela contra

ellos ante tí, Bíbulo; así como la formularé ante el César, contra tí mismo, si no te muestras justo, desamparando mi derecho. No olvidéis ¡oh magistrados! que la virginidad de esta jóven estaba destinada á los placeres del divino Neron, y temblad ante la idea de enviársela sin haber castigado los ultrajes de que ha sido víctima. Esta niña, que debía ser para toda nuestra familia la base de nuestro favor, de nuestro poder y de nuestra fortuna, no será ya sino un motivo más para la cólera y para el desprecio del César; cólera y desprecio que alcanzará á todos vosotros con justos castigos. Aplaquemos, pues, la indignacion de Neron, anticipándonos, en cuanto nos sea posible, á los deseos de nuestro dueño y señor: cúmplase inmediatamente la venganza que él ha de reclamar y decretar contra los malvados que han tenido el atrevimiento de defraudar sus placeres. Ese es el primero de todos vuestros deberes, magistrados; los placeres del César son sagrados, y ¡mal haya el insensato que se oponga á ellos, porque merecerá la muerte!

Los magistrados no habían podido siquiera imaginar que la cuestion tomase un giro semejante, y palidieron al oír á Cneyo desenvolver su reclamacion.

Será preciso que aquí se explique hasta

que extremo habia llegado el servilismo y la bajeza de aquella sociedad, para que no cause asombro ni extrañeza la indignidad de aquellos hombres, que creyeron en la buena fe de las palabras de Cneyo.

Lo que hoy nos parezca el colmo de la vileza y de la deshonra, estaba entónces muy lejos de las infamantes vilezas que eran habituales en los más esclarecidos patricios y nobles ciudadanos, y la historia nos revela los nombres de muchos de éstos que, condenados por Neron á morir desangrados dentro de un baño de agua tibia, dictaban sus testamentos, en la hora suprema en que debian haber comenzado á ejercer más dignamente su independencia, legando todos sus bienes al César, y consignando sentimientos de gratitud á la clemencia de éste.

Así es que el encontrar un jóven que aceptase con júbilo las órdenes de Neron, cuando no decretaban más que la prostitucion de su madre y la de su hermana, era cosa muy comun y frecuente, y podia ser hasta una cosa muy razonable y conveniente, en el juicio del interesado, cuando éste reflexionaba que los caprichos de Neron podian convertir aquella prostitucion en honores y provechos.

Cneyo habia dejado adivinar, con magistral astucia, que alimentaba esas inno-

bles esperanzas, y los magistrados, sin dudar de la sinceridad de sus palabras, se llenaron de pánico temor en vista del giro de los sucesos.

—Tiene razon este jóven—dijo Bibulo— es necesario que los culpables sean arrestados en el acto, y que se prodiguen toda clase de atenciones y cuidados á esta jóven. ¿A quién deberémos confiarla para que la reanime y la vuelva á la vida?

—¿A quién mejor que á su propia madre?—exclamó Fortunata que, á pesar del asombro general de aquella escena, no habia dejado de pensar en el daño que eso podria causar á Silia, y saboreaba ya el dolor de aquella madre al recibir á su hija en aquel estado.

Desde luégo fué dada la órden de transportar inmediatamente á Chrysis á la prision donde se encontraba Silia, y Fortunata se encargó de su ejecucion.

Miéntras llevaban á Chrysis interrogó el Duunviro al decurion para que declarase quiénes eran las personas que habia encontrado en casa de la cortesana Pannychis. Metelo y otros dos jóvenes de las más ricas familias de Nemausus habian sido reconocidos, así como un tal Publio Sexto, centurion ó capitán de cien hombres en la legion de Fausto. Cneyo reclamó el inmediato arresto de todos cuatro.

—Yo acompañaré al lictor—dijo—porque quiero saber si las órdenes del César son fielmente ejecutadas, y deseo evitar que las complacencias de los magistrados con sus amigos favorezcan la fuga de los culpables.

La audacia con que Cneyo habia pasado el papel de acusado al de acusador, y del estado de la obediencia al del mando, dominaba á todos aquellos hombres, que le apresuraban á prometerle, con su respectiva cooperacion, el perseguiamiento y la captura de los delincuentes.

Fortunata se presentó de nuevo en la sala ántes que Cneyo hubiese marchado con el decurion, y pudo oír apuntar el nombre de Metelo entre los de los jóvenes á quienes se debia prender. Metelo vivia en uno de los extremos de la ciudad, bastante léjos, para que pudiese recibir un aviso ántes que Cneyo llegase á su casa, por tener que detenerse ademas en la prision de los otros. Fortunata encargó á un esclavo que trasmitiese con toda urgencia un billete (tableta) á Marcia, la madre de Metelo, para prevenirle que ocultase á su hijo. Esta conducta de Fortunata no era hija de su cariño ni de su amistad hácia Marcia: otro móvil era el que la impulsaba á intentar la salvacion de Metelo; porque Fortunata se garantia á sí propia con

aquel servicio, el silencio de la madre de aquel jóven sobre las intrigas amorosas en que ésta la protegía, y anticipándose á lo que Marcia podia reclamarle, se evitaba exigencias y amenazas.

Cneyo partió en busca de los que habian atropellado á su hermana, casi al mismo tiempo que lo hacia el esclavo que Fortunata enviaba á Marcia, y cuando fueron tomadas todas estas medidas, empezaron á retirarse los magistrados, que, por estar en casa de Bibulo, ó por haber sido llamados, se encontraban reunidos en ella; quedando solos por vez primera el Duunviro y su esposa.

Las secretas explicaciones que mediaron entre ambos no merecen la pena de figurar en este relato.

VII.

Silia permanecia inmóvil como una estatua desde que fué conducida y aprisionada en una habitacion ó departamento tenebroso, el cual parecia que se habia tenido la premeditacion de alumbrarlo con una lámpara, á fin de que ofreciese un aspecto aún más pavoroso y horrible. Sentada en el borde del miserable lecho que se le habia destinado, meditaba aquella dama